

## *¿Necesitados de Misericordia?*

Sobre la necesidad de reconocer nuestras culpas y pedir perdón

---

Jesús en su predicación empleó con mucha frecuencia las parábolas. ¿Qué sentido tienen las parábolas? Explicar un misterio sobrenatural –de por sí inaccesible a nuestra inteligencia- a través de un suceso ordinario, que nos permite aproximarnos al misterio a través de esa imagen. Es importante no verlas como un mero “cuentito”, sino meternos en el misterio al que apuntan.

La gran revelación del Nuevo Testamento: Dios quiere que todos los hombres se salve: se conviertan, alcancen la plenitud. Ama a todos -¡porque somos sus hijos!-, y para todos quiere lo mejor.

Uno de los capítulos más llenos de amor del Evangelio es el capítulo 15 de San Lucas. Allí encontramos las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo.

La primera de ellas, la parábola de la oveja perdida, comienza con una pregunta: “¿quién de vosotros...?” como dando por supuesto que cualquiera de nosotros iría en busca de la oveja tonta. Si somos sinceros posiblemente nos daríamos cuenta de que ninguno de nosotros se complicaría la vida por una mísera oveja, además perdida por culpa propia, además teniendo otras noventa y nueve. Pero, no, Dios no lo ve así.

¿Por qué va en su búsqueda? Porque le importa cada oveja, cada persona. No el número, la estadística. El motivo es muy simple: dio su vida por cada una. Es una cuestión de amor. Sólo así se entiende el perdón.

Centremos un momento la atención en el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo. Preguntémosnos cómo hubiera reaccionado si hubiera tenido el espíritu de Cristo. Feliz de que haya vuelto, de que haya dejado la mala vida, etc. ¿Por qué? Porque la conversión es algo sensacional, positivo, deseable para todos. Él mismo hubiera organizado la fiesta, hubiera buscado a su papá para darle la buena noticia, se hubiera mostrado feliz.

Pero veamos cómo reacciona: no perdona, no acepta el perdón de su padre, rechaza toda celebración, le resulta injusta y hasta injuriosa para con él.

Ante la reacción del hijo mayor, surgen una serie de interrogantes:

¿Por qué no es capaz de entender la misericordia de su padre? ¿Por qué el perdón le molesta? ¿Cómo puede ser que rechace la celebración de la conversión –la vuelta- de su hermano? ¿No resulta hasta casi perverso, no aceptar la conversión de su hermano?

En sus propias palabras encontramos la explicación es estas preguntas: “hace tantos años que te sirvo sin haber dejado de cumplir una orden tuya”.

Piensa que está en regla, que no tiene necesidad de pedir perdón, y que nunca la ha tenido. Pero es ¡mentira! Y esta ceguera para ver sus propios pecados (mucho menores que los de su hermano, pero faltas al fin), lo aísla de la misericordia.

Su incapacidad para entender, vivir y disfrutar de la misericordia procede de *su incapacidad para experimentarla en primera persona*.

Su problema es que no veía motivos para pedir perdón. Piensa que nunca ha necesitado la misericordia de su padre... y que tampoco la necesitaba ahora.

Si buscamos personajes similares en el Evangelio, nos damos cuenta que se parece mucho al fariseo de la parábola de los dos que suben a orar al Templo (un publicano y el fariseo): “te doy gracias Dios mío porque no soy como los demás...” y a continuación la lista de sus méritos. Sólo encuentra motivos para felicitarse y despreciar al publicano. No, él no es como el publicano, él no necesita misericordia... y ¡por eso no la obtiene! Y se retirará del Templo sin haber sido justificado. Que triste que la cercanía de Dios no le haya servido...

Se parece también a la situación de Simón el fariseo. Cuando ve a la mujer pecadora postrada llorando de arrepentimiento a los pies de Jesús no se alegra de su conversión... sólo ve sus pecados anteriores. Desconfía de Jesús, piensa que está confundido, que no se ha dado cuenta quien lo toca (como el hijo mayor piensa que su padre no se acuerda que su hermano dilapidó su fortuna).

¿Cómo hubiera actuado si hubiera tenido el espíritu de Cristo? Hubiera intercedido por ella ante Jesús, se hubiese alegrado...

Al mismo tiempo su corazón es incapaz de darse cuenta de sus faltas de atención con Jesús (no le ha lavado los pies, no lo ha besado, perfumado...). Y precisamente en esta incapacidad, está la raíz de lo demás.

La cerrazón para reconocer el propio pecado y la consecuente carencia de necesidad de misericordia, hacen daño.

La falta de experiencia personal de la misericordia hace incapaz de entenderla, de disfrutarla, de vivirla con los demás.

Necesidad de la misericordia. No es un salvavidas para pecados terribles. Todos la necesitamos. Es cierto que hay pecados mortales, veniales e imperfecciones. Pero, ante Dios la menor ofensa, falta de amor, no es una broma.

La grandeza de la misericordia no disminuye la gravedad del pecado.

El amor de Dios es más grande que nuestra capacidad de pecar. Pero el pecado sigue siendo una terrible locura.

Valorar la misericordia: amarla, admirarla, venerarla.

No es una trampa para zafar, un engaño para seguir pecando. Es amor puro: acogerse a la misericordia divina supone valorar el amor, no abusar de él. Supone rechazar el pecado.

Es muy distinto pecar por debilidad que por malicia (mala voluntad).

Dios no es tonto, sencillamente ama de verdad: porque es amor. Y quiere que todos se salven, para eso dio su vida por todos.

Reconociendo la propia necesidad de la misericordia divina, tendremos acceso a ella, la gozaremos y la desearemos para todos. Entonces, sólo entonces seremos capaces de misericordia con los demás, sólo entonces comenzaremos a tener un corazón como el de Cristo.

Como conclusión, te podría decir: dime cuán necesitado de misericordia te sientes, y te diré cómo es tu relación con Dios y cómo miras a los demás.

P. Eduardo Volpacchio  
16.10.07